

haber causado en ella otro daño; pero los embajadores de España y de Alemania pensaban de distinto modo que sus aliados. Como sus amos no tenían tropa alguna en el ejército, y estaban ya hechos los gastos que debían hacer, todo redundaría en su provecho si se daba la batalla, puesto que, si la ganaban, recogerían los frutos de la victoria, y, en caso de que la perdiesen, de ningún modo sufrían los daños de la derrota. Esta disidencia en las opiniones hizo que fuese aplazada para el día siguiente la respuesta que debía darse a Commynes, decidiéndose que al otro día tuviera una nueva conferencia con un plenipotenciario que se nombraría durante la noche: esta conferencia debería celebrarse entre los dos ejércitos.

Carlos VIII pasó la noche grandemente inquieto: todo el día el cielo había amenazado lluvia (ya dijimos que el Taro era un torrente); el río, vadeable aún aquel día, podía, pues, desde el siguiente, presentar un obstáculo insuperable; y aquel aplazamiento tal vez se había pedido sólo con objeto de empeorar más aún la posición del ejército francés. En efecto, tan pronto como llegó la noche, declaróse una tormenta espantosa, que, mientras duró la obscuridad, llenó el Apenino de rumores, y surcó de relámpagos el cielo. Cuando amaneció el día siguiente, pareció que el tiempo se calmaba algo; pero el Taro, que la víspera sólo era un arroyo, habíase convertido en torrente y subía con rapidez a lo largo de sus orillas. Carlos VIII, armado ya y a caballo, llamó a las seis de la mañana, a Commynes, ordenándole que fuera a la cita que le habían dado los proveedores venecianos; pero apenas hubo acabado el rey de darle esta orden, oyéronse grandes gritos en la extrema derecha del ejército francés. Los estradiotes, que gracias al bosque que se extendía entre ambos campamentos, habían sorprendido un puesto, y después de haberlo pasado a cuchillo, llevaban, según su costumbre, las cabezas de los muertos colgadas del arzón de sus sillas. Un destacamento de caballería salió en su persecución; pero, semejantes a bestias feroces, habíanse internado en los bosques que les servían de refugio desapareciendo en ellos.

Lo inesperado de este ataque, que, según todas las probabilidades, había sido preparado por los embajadores españoles y los alemanes, produjo en toda la línea el efecto

de una chispa en un reguero de pólvora. Commynes, por su parte, y los proveedores venecianos, por la suya, en vano intentaron suspender el combate de un lado y otro: las tropas ligeras, devoradas por la impaciencia de escaramucear, y, como era muy habitual en esa época, sin atender más que al peligroso impulso del valor personal, habían venido a las manos, bajando hacia la llanura, como en un circo, en busca de un combate lucido. Por un instante, el joven rey, a quien el ejemplo arrastraba, estuvo también a punto de olvidar su responsabilidad de general para obrar como soldado; pero Claudio de la Châtre, mariscal de Gié, y los señores de Guisa y de La Trémouille, pudieron contener este primer impulso, y determinaron a Carlos VIII a tomar el partido más prudente, que era cruzar el Taro sin buscar el combate, aunque sin evitarlo en el caso de que el enemigo cruzase el río intentando cortarles el paso. En consecuencia, y según la opinión de los más entendidos y más valientes capitanes, el rey dispuso así sus líneas de batalla:

La primera, comprendía la extrema vanguardia y un cuerpo destinado a sostenerla; esta vanguardia componíase de trescientos cincuenta hombres de armas, los mejores y los más bravos del ejército, a las órdenes del mariscal de Gié y de Santiago Trivulzio, constando el cuerpo que seguía de tres mil suizos, al mando de Engelberto de Clèves y de Lornay, caballerizo mayor de la reina; seguían detrás trescientos arqueros de la guardia, los cuales había dispuesto el rey que se apearan para poder apoyar a la caballería combatiendo en los intervalos.

La segunda, que dirigía el mismo rey, y que formaba el cuerpo de ejército, se componía de la artillería, mandada por Juan de Lagrange, de cien gentileshombres de la guardia, cuyo estandarte llevaba Golles Carronel, de los pensionistas de la casa del rey, al mando de Aymar de Prie, de los escoceses, de doscientos ballesteros a caballo, y del resto de los arqueros franceses, que conducía el señor de Crussol.

Finalmente, la tercera, o sea la retaguardia precedida de los equipajes llevados por seis mil bestias de carga, sólo contaba trescientos hombres de armas, y marchaba bajo las órdenes de los señores de Guisa y de La Trémouille: era la parte más débil del ejército.

Carlos VIII, una vez hecha esta distribución, ordenó a la vanguardia que pasara el río, cosa que hizo al instante, por frente el pequeño pueblo de Fornovo, marchando los jinetes con agua hasta la pantorrilla, y los infantes agarrados a la cola de los caballos; después, así que vió a los últimos soldados de esta primera parte del ejército en la otra orilla, el rey púsose en marcha a su vez siguiendo el mismo camino y pasando por el mismo vado, dando orden a los señores de Guisa y de La Trémouille que arreglaran la marcha de la retaguardia por la del cuerpo principal del ejército, conforme él había arreglado la de éste por la que había seguido la vanguardia.

Sus órdenes se ejecutaron fielmente, y, hacia las diez de la mañana, todo el ejército francés hallábase en la orilla izquierda del Taro: entonces, y como por las disposiciones del ejército enemigo el combate era inminente, los bagajes, conducidos por el capitán Odec de Riberac, separáronse de la retaguardia y fueron a situarse en la extrema izquierda.

Francisco de Gonzaga, general en jefe de las tropas confederadas, había arreglado sus disposiciones por las del rey de Francia: cumpliendo sus órdenes, el conde de Cajazzo, con cuatrocientos hombres de armas y dos mil infantes, había cruzado el Taro a la altura del campamento veneciano, y debía hacer frente a la vanguardia francesa, mientras él, subiendo por la orilla derecha hasta Fornovo, franquearía el río por el mismo vado que había seguido Carlos VIII, a fin de atacar la retaguardia de éste. Finalmente, había colocado sus estradiotes entre esos dos pasos, con la orden de que, tan pronto como viesan al ejército francés atacado por la vanguardia y por la retaguardia, cruzasen el río a su vez y cayeran sobre los flancos del enemigo. Además de esas medidas de ataque, Francisco de Gonzaga había tomado sus precauciones para la retirada, dejando tres cuerpos de reserva en la otra orilla; uno de los cuales, al mando de los proveedores venecianos, guardaba el campamento, y los otros dos, bajo las órdenes de Antonio de Montefeltro el primero, y el segundo a las de Aníbal Bentivoglio, escalonados de modo que pudieran sostenerse mutuamente.

El rey de Francia notó todas esas disposiciones, reconociendo en ellas esa sabia estrategia italiana, que hacía

de los generales de esa nación los primeros tácticos del mundo; pero, como no había posibilidad de eludir el peligro, decidióse a pasar de través y ordenó que continuara la marcha: mas no tardó el ejército francés en encontrarse detenido entre el conde Cajazzo, que le cerraba el paso con sus cuatrocientos hombres de armas y sus dos mil infantes, y Francisco de Gonzaga, que, conforme dejamos dicho, se puso en seguimiento de la retaguardia enemiga con seiscientos hombres de armas, que constituían lo mejor de su ejército, un escuadrón de estradiotes, y más de cinco mil infantes: sólo ese cuerpo superaba a todo el ejército francés.

Mientras tanto, al verse los señores de Guisa y de La Trémouille estrechados de este modo, ordenaron a sus doscientos hombres de armas que dieran cara al enemigo, en tanto que, en el extremo opuesto, es decir, en la cabeza del ejército, el mariscal de Gié y Trivulzio ordenaban hacer alto, y mandaban poner las lanzas en ristre. Durante ese tiempo, según la costumbre, el rey, que se hallaba en el centro, armaba caballeros a los gentileshombres que, por su valor personal o por la amistad que les dispensaba, tenían derecho a este favor.

Mas, de pronto, resonó un terrible choque detrás del rey: era la retaguardia francesa que venía a las manos con el marqués de Mantua. En ese encuentro, en el que cada uno había escogido su adversario, cual si estuviesen en un torneo, se rompieron una infinidad de lanzas, sobre todo en manos de los jinetes italianos, puesto que para restarles peso las usaban huecas, resultando, por consiguiente, menos sólidas. Inmediatamente, los que quedaban desarmados echaban mano a la espada, y como eran más numerosos que los franceses, el rey los vió de repente rebasar su ala derecha, de modo que parecían prontos a envolverlo: en aquel mismo momento oyéronse grandes gritos frente al centro; eran los estradiotes que cruzaban el río, para ejecutar su ataque.

En seguida Carlos VIII dividió su cuerpo de ejército en dos destacamentos, y confiando el uno al mando del bastardo de Borbón, para que hiciera frente a los estradiotes, lanzóse él con el otro socorro de la retaguardia, confundiendo entre los combatientes, donde hería como rey aunque peleaba como el último de sus capitanes. Secunda-

da por ese refuerzo, la retaguardia logro sostenerse, a pesar de ser los enemigos cinco contra uno, y el combate, en ese punto, continuó con maravilloso encarnizamiento.

Conforme le había sido ordenado, el bastardo de Borbón, se lanzó al encuentro de los estradiotes; pero, llevado por su caballo, se internó tanto en las filas de ellos, que había desaparecido: esto, unido al extraño modo de vestir de sus nuevos antagonistas y a su manera particular de combatir, produjo alguna impresión sobre los que debían hacerle frente; de modo que por un momento reinó el desorden entre el centro, y los jinetes se desparramaron en lugar de estrechar las filas y de combatir en cuerpo. Esta falsa maniobra hubiera podido resultarles desfavorable, pero la mayor parte de los estradiotes, al ver los bagajes aislados y sin defensa, esperanzados por el botín, corrieron a ellos en lugar de valerse de su ventaja. No obstante, el grueso de esa tropa continuaba combatiendo, y estrechaba vigorosamente a los caballeros franceses, cuyas lanzas cortaban con sus terribles cimitarras. Por fortuna, el rey, que acababa de rechazar el ataque del marqués de Mantua, vió lo que a su espalda ocurría, y, volviendo a todo el correr de su caballo en socorro de su centro, cayó sobre los estradiotes con los gentileshombres de su casa, no ya armado de su lanza, que acababa de romperse, sino con su larga espada, que relucía en torno suyo como un relámpago; y fué tal su empuje, que, ya fuese llevado por su caballo, como le había sucedido al bastardo de Borbón, o que el valor lo arrastrase, se encontró de pronto entre el grueso de los estradiotes, acompañado tan sólo por ocho de los gentileshombres que acababa de armar caballeros, de uno de sus escuderos, llamado Antonio de los Ambus y de su portaestandarte, gritando: «¡Francia! ¡Francia!» para que con él se reuniesen todos aquellos gentileshombres desparramados. Estos, al ver que el peligro no era tan grande como habían creído, comenzaron a desquitarse y a devolver con usura a los estradiotes los golpes que de ellos habían recibido.

Mejor marchaban las cosas en la vanguardia, a la que el marqués de Cajazzo debía atacar, porque, aun cuando iba al frente de fuerzas que superaban en número a las de los franceses, y al pronto pareciera animado de las más formidables intenciones, detúvose en la carga, y a unos

diez o doce pasos de distancia del frente de batalla de los franceses, volvió la cara sin romper una sola lanza. Los franceses quisieron perseguirle; pero el mariscal de Gié, temeroso de que esta huída fuese una aňagaza para alejar del centro a la vanguardia, ordenó a todos que permanecieran quietos: sin embargo, los suizos alemanes, que no comprendieron la orden, o que creyeron que no iba dirigida a ellos, se lanzaron en su persecución, y, aunque a pie, les dieron alcance matándoles un centenar de hombres; esto fué suficiente para que el desorden se introdujese entre ellos, y los unos se dispersasen por la llanura y los otros se arrojasen al agua para cruzar el río y refugiarse en su campamento; al ver esto, el mariscal de Gié destacó un centenar de hombres de armas para que fuesen en socorro del rey, el cual, continuando el combate con valor inaudito, corría los más graves peligros, viéndose constantemente separado de sus gentileshombres, que no podían seguirlo; porque, en donde veía peligro, allí se precipitaba, gritando: «¡Francia!» sin inquietarse gran cosa de si le seguían. Ya no peleaba con su espada, que, al igual que su lanza, hacía tiempo que se le había roto; defendíase con una pesada hacha de armas cuyos golpes, ya de filo, ya de punta, eran casi siempre mortales. Así, pues, los estradiotes, viéndose muy estrechados por la casa del rey y por los pensionistas, no tardaron en pasar del ataque a la defensa y de la defensa a la fuga. Y entonces fué cuando mayor riesgo corrió el rey, porque, arrastrado en la persecución de los fugitivos, no tardó en encontrarse solo, rodeado de aquellos hombres, que, a no ser por el terror de que estaban poseídos, de haberse reunido, le habrían ahogado a él y a su caballo; pero, como dijo Commines, aquel que Dios guarda, bien guardado está, y Dios guardaba al rey de Francia.

Sin embargo, la retaguardia estaba en aquel momento rudamente estrechada; y, aunque los señores de Guisa y de La Trémouille sostuviéronse con toda la firmeza que les fué posible, indudablemente hubieran tenido que ceder ante el número, de no haberles llegado un doble socorro: el uno se lo llevaba el infatigable Carlos VIII, el cual, no teniendo ya nada que hacer entre los fugitivos, volvía a lanzarse nuevamente entre los combatientes, y el otro venía de los sirvientes del ejército, los cuales, al verse libres del ataque de los estradiotes y al ver que sus enemigos,

huían, acudieron armados de las hachas con que cortaban la madera para edificar los alojamientos, y arrojábanse entre los combatientes, cortando los jarretes de los caballos, y rompiendo a grandes golpes las viseras de los jinetes desmontados.

Los italianos no pudieron resistir este doble choque; la *furia francesa* destruía todos los cálculos estratégicos posibles, y desde hacía más de un siglo tenían olvidadas aquellas encarnizadas y sangrientas luchas por la especie de torneos que ellos llamaban sus guerras; de suerte que, no obstante los esfuerzos realizados por Francisco de Gonzaga, la retaguardia volvió también la cara y emprendió la huida, repasando el torrente a toda prisa, y sobre todo con gran trabajo, pues aun seguía crecido por la lluvia que había caído durante toda la batalla.

Algunos opinaban que debían perseguir a los vencidos, porque había tal desorden en su ejército, que, desde el campo de batalla, del que tan gloriosamente se habían apoderado los franceses, veíaseles huir en todas direcciones, llenando los caminos de Parma y de Bercetto; pero el mariscal de Gié y los señores de Guisa y de La Trémouille, que habían hecho lo bastante para que no llegara a sospecharse que retrocedían ante un peligro imaginario, contuvieron ese arranque, al observar el cansancio que reinaba entre los hombres y los caballos, cansancio que les hubiera expuesto a perder la ventaja obtenida si intentaban ir más allá. Esta última opinión fué la que se adoptó, no obstante el parecer de Trivulzio, de Camilo Vitelli y de Francisco Secco, que querían que se persiguiera la victoria.

Carlos VIII retiróse a una pequeña aldea de la orilla izquierda del Taro, y se puso al abrigo en una pobre casa, donde se desarmó: de todos los capitanes y soldados, era tal vez el que más había peleado.

En el transcurso de la noche engrosó tanto el torrente, que al ejército italiano, aunque hubiera podido reponerse de su derrota, habríale sido imposible perseguir al ejército francés. El rey, que, después de una victoria, no quería que nadie pudiese creer que huía, permaneció durante todo el día en el campo de batalla, y fué a pernoctar a Medesena, pequeño pueblo situado sólo a una milla más abajo del lugarejo donde había descansado después del combate.

Pero cuando reflexionó, durante la noche, que había hecho lo bastante por el honor de sus armas, derrotando a un ejército cinco veces más numeroso que el suyo, causándole tres mil muertos y esperándole día y medio para darle tiempo a tomarse el desquite, dos horas antes de que amaneciera hizo que reanimaran los fuegos, a fin de que el enemigo lo creyera todavía en su campamento; y, habiendo montado todos a caballo sin hacer el menor ruido, el ejército francés, casi fuera ya de peligro, prosiguió su marcha hacia Borgo San Donnino.

Mientras sucedía todo esto, el papa había regresado a Roma, donde no tardaron en llegar las noticias que más armonizaban con su política. En efecto, el papa supo que Fernando había pasado de Sicilia a Calabria con un ejército compuesto de mil voluntarios y un considerable número de jinetes e infantes españoles, que de parte de los *Reyes Católicos*, Fernando e Isabel, le traía el famoso Gonzalo de Córdoba, el cual llegaba a Italia con una reputación de gran capitán, a la que debía causar algún perjuicio la derrota de Seminara. Casi al mismo tiempo, la flota aragonesa batía a la flota francesa; finalmente, la batalla del Taro, aunque verdaderamente perdida por los confederados, no dejaba de ser una victoria para el papa, puesto que su resultado era abrir un regreso hacia Francia al que él consideraba como su más mortal enemigo. De modo que comprendiendo que ya nada tenía que temer del rey de Francia, envióle un breve, que se había detenido en Turín para socorrer a Novara, por el cual, en virtud de su autoridad pontificia, le ordenaba, así como a su ejército, que abandonase Italia y llamara las tropas que aun tenía en el reino de Nápoles, en un plazo de diez días, bajo pena de excomunión y de tener que comparecer ante él en persona.

Carlos VIII respondió:

1.º Que no comprendía cómo el papa, jefe de la liga, le ordenaba que abandonase Italia, mientras que los confederados no sólo le habían negado el paso, sino que intentaron, aunque inútilmente, como había podido saberlo Su Santidad, cerrarle todo regreso a Francia;

2.º Que, en cuanto a llamar a sus tropas de Nápoles, él no era bastante irreligioso para hacer eso, puesto que si habían entrado en ese reino lo hicieron con el consentimiento y la bendición de Su Santidad.